

á escandalizarla si me ve aparecer en la ventana; cerrad, corred la persiana y dadme los gemelos para que contemple al hombre feliz, su casa y sus plantas raras.

—El hombre feliz,—dijo el señor de Brives ofreciendo á Cora unos gemelos de marfil,—me parece que está sentado en su biblioteca. ¿No le apercibís?

—Algo lejos.

—Le veréis mejor cuando vuelva la cabeza del lado de sus flores queridas. Esto no puede tardar porque las mira muy á menudo. ¿Veis lo que os decía? En este momento debéis verlo como yo lo veo.

—Perfectamente,—dijo Cora.

—¿Qué tenéis?—dijo el señor de Brives,—vuestros gemelos se agitan como si vuestra mano temblase. ¿Es que tenéis frío? ¿Queréis fuego?

—Es inútil,—dijo la joven.—Tengo un poco de frío, en efecto, pero voy á volver á pie á casa y entraré en calor.

—¿No me decís qué os parece mi yerno?

—Muy bien; tan bien, que desearía tratarlo; traedlo algún día por casa.

—¿El á vuestra casa, querida mía, á una casa donde el *baccarat* es tan fuerte! Participa de las ideas de mi hija sobre el juego. Le es execrable.

—¡Bah! Ya me encargaré de que le guste.

—Os desafío á ello; ó mejor, no... bastante tenemos con un jugador, en la familia.

Cambiaron aún algunas frases banales y Cora se retiró. Volvió á pie desde la calle Léonie á Neuilly, sin internarse en París, tomando preferentemente por las calles menos frecuentadas y los boulevares más desiertos.

Marchaba con paso rápido. Algunas personas se volvían para mirarla con curiosidad; se hablaba á sí misma en alta voz sin fijar la atención y notar que se la miraba.

Al llegar á la Avenida Neuilly subió á su habitación y se encerró en ella.

XVII

Cuando Cora había visto á Jorge Gérard, estaba sentado en su biblioteca delante de una puerta vidriera que daba al jardín, y tenía un libro en la mano. Al cabo de un instante dejó el libro á su lado, se levantó, cambió algunas palabras con su mujer, que estaba bordando en el salón vecino, y subiendo al piso superior se reunió á su madre.

—¿Por qué no bajas con nosotros?—le dijo.—¿Estás enfadada?

—No, hijo querido. No estoy enfadada. Pero estoy entristecida de tu imprudencia de ayer noche. Déjame tiempo para reponerme.

—Madre querida,—dijo el joven sentándose á su lado y tomándola en sus brazos,—no eres verdaderamente razonable. ¿Puedo negar á mi mujer toda especie de distracciones? Ella no me las pide, la niña querida, lo reconozco; pero á su edad, ¿crees que no hay deseos de divertirse, de ver lo que todo el mundo ve, de vivir la vida de cada uno? Ayer el doctor Combes nos ofreció el palco delante de ella, y lei en sus ojos que se moría por aceptarlo. Es preciso permitirselo; ¡pero si supieras de qué precauciones me rodeo!... Para entrar en el teatro esperaré á que el espectáculo hubiese empezado, con el objeto de no encontrarme á nadie en los pasillos; estuve durante toda la función en el fondo del palco, detrás de mi mujer y de su padre; me marché antes de concluir la función. Al obrar de este modo, querida madre, me acuerdo de tus prevenciones y las obedezco, de modo que no tengas cuidado ni estés inquieta. He sufrido bastante y es imposible que esté destinado á sufrir más.

—¡Ah! ¡yo lo espero!—dijo ella.—¡y lo creo! Mis ruegos van hasta Dios y los escucha.

Acababa de pronunciar estas palabras cuando llamaron discretamente á la puerta. Una mujer que estaba al servicio de la señora Gérard desde su llegada á París y su instalación en la calle Léonie, penetró en la habitación.

—¿Qué hay, Julia?—preguntó la señora Gérard.

—Una carta para el señor, que acaba de traer un mozo.

—Dádmela,—dijo Jorge.

Tomó la carta y la mujer se retiró.

—¿Quién puede escribirte?—dijo la señora Gérard mirando á su hijo.

De pronto lo vió vacilar y palidecer y corrió á él.

—¡Ah!—exclamó Jorge tendiéndole la carta.—

¡Tenías razón!

La señora Gérard leyó:

¡Al fin ya os he encontrado, mi querido Jorge. Está mal hecho vivir tanto tiempo en la misma ciudad que yo y no dar señales de vida. Quizás lo ignorabais y esto os disculpa. He aquí mi dirección: Avenida de Neuilly, el primer hotel á la derecha viniendo de París. Tomad pronto un carruaje y corred, estoy sola. Sobre todo no me hagáis esperar mucho; me quejaría á vuestro suegro que es uno de mis mejores amigos. Hasta en seguida.

CORA.

XVIII

Una hora después de haber recibido la carta de Cora, Jorge Gérard descendía de un carruaje delante del hotel de la Avenida de Neuilly. Más pálido

que de costumbre, parecía, sin embargo, tranquilo y resuelto.

Era, sin duda, esperado, porque el criado que fue á abrirle le introdujo sin preguntar su nombre en un pequeño *boudoir* del primer piso.

Trancurrieron apenas cinco minutos; Cora apareció. Iba envuelta en un peinador de cachemir blanco, descotado extremadamente, dejando ver bastante más que el nacimiento del seno y sus hermosísimas espaldas; los brazos los llevaba desnudos por completo. Un cordón de oro estrechaba su talle y hacía resaltar más la anchura de sus caderas; con mano maestra se había puesto mantilla á la española, de modo que con la blonda tapaba discretamente la parte inferior de su rostro.

Sin embargo de ser aún de día, las persianas del *boudoir* en que Cora recibía á Jorge, estaban completamente cerradas, y sobre la chimenea había unas bujías encendidas.

—¡Al fin os encuentro!—dijo Cora después de haber guardado un instante de silencio.

—Creía no volveros á ver más,—contestó Jorge.

—Yo estaba segura,—repuso la joven de color,—de encontraros tarde ó temprano.

—¿Puedo saber lo que deseáis de mí y por qué me habéis escrito que venga?

—Voy á decíroslo; pero como nuestra conversación es probable que sea larga, os invito á sentaros.

—¡Sea!—dijo Jorge sentándose á algunos pasos de Cora, la cual tomó sitio sobre un diván.

Esta ajustó los pliegues de su peinador, dispuso su mantilla de manera de poder hablar, y ocultando el rostro todo lo que le fue posible reanudó la conversación en estos términos:

—De modo que ya no os llamáis Jorge Hamel, sino Jorge Gérard. Habitáis en la calle de Léonie desde que dejásteis... el Mediodía de Francia. Sois yerno del señor de Brives, uno de mis amigos, y sois también el marido de una de las mujeres más lindas de París.

—¿A donde queréis ir á parar? ¿Tenéis algo que

pedirme ó pretendéis dirigirme recriminaciones y amenazas?

—Nada tengo que pedir, — contestó Cora, — mi posición de fortuna es tan bonita como la vuestra, si no es superior. Amenazas serían de mal gusto y completamente inútiles, porque me comprendéis á media palabra; mi carta no contenía ninguna y os habéis apresurado á correr á mi llamamiento, á pesar de vuestras costumbres reservadas. En cuanto á recriminaciones, voy á explicarme llanamente con vos acerca de este punto. Dispensadme si tengo el mal gusto de arrojar una mirada sobre el pasado; es en interés mismo de mis explicaciones.

—Os escucho.

—Llegué á Francia, — repuso la joven americana, — hace diez años próximamente; era joven, hermosa, vivía muy feliz, hacía mil proyectos. En un instante mis ensueños más ardientemente acariciados se desvanecieron, aquella belleza de que tan orgullosa estaba y que debía servirme para edificar mi fortuna, acababa de desaparecer. Un tiro de revólver me había desfigurado. No he tenido más que un pensamiento: vengarme del hombre que en un arrebato de implacables celos me había brutalmente impuesto el más cruel de los suplicios para una mujer, ser fea, y tener conciencia de su fealdad como antes la había tenido de su belleza. Acusé á ese hombre de un crimen que no sólo no había cometido, sino que ni siquiera pensó en cometer. En efecto, si su cabeza era viva y su mano demasiado pronta, su delicadeza y lealtad eran excesivas. Sin mi acusación de robo, probablemente él no hubiese sido condenado; lo fue gracias á mí y por mi causa. Ya estaba vendada. *Lo estamos*, mi querido Jorge Hamel.

—¿Entonces?

Cora continuó sin parecer haberle oído:

—Si yo no tuviera un excelente carácter, podría verdaderamente sentir que mi venganza no haya sido completa, que... mi condenado no haya por completo expiado su pena. Le recordaría cierto artículo 47 del Código penal que he estudiado mucho y que él conoce tan bien como yo. Este artículo le pro-

hibe vivir en París, le designa como punto de residencia una ciudad de provincias, y le sujeta para toda la vida á una especie de vigilancia de las más penosas. No ha tenido en cuenta estos reglamentos de Policía. Se ha hecho en la calle de Léonie una existencia misteriosa y encantadora; ha entrado en una honrada familia, se ha casado con una linda y perfecta mujer, está bien; en este mundo cada cual procura lo que le conviene y su bienestar. Su posición era desesperada y ha encontrado el medio de hacerla muy agradable. ¿Por qué he de vituperarle puesto que casi me he conducido como él? Fea hasta el horror, he hecho, con mil combinaciones é ingeniosos artificios el modo de hacerme pasadera; he llegado á París sola, sin relaciones; hoy las tengo excelentes. Poseía apenas cien mil francos con que vivir y gozo hoy de sesenta mil de renta y soy propietaria de dos hoteles. Jorge y yo nos hemos reparado de nuestros respectivos desastres lo mejor posible. El efecto del tiro de revólver ha sido menos terrible de lo que me sospechaba, y las consecuencias de la condena á trabajos forzados, casi nula. Por lo tanto, no más recriminaciones por ninguna de las dos partes. ¿Comprendido?

—Perfectamente, comprendido, — dijo Jorge, que había escuchado á Cora con calma, — pero sin duda no me habréis llamado para decirme que no me necesitabais y que os encontráis en una posición floreciente.

—Desde luego, — contestó Cora, — no me ha ocurrido eso. He pensado que en medio de vuestra felicidad habéis debido acordaros más de una vez de esta pobre Cora. Fui la causa de vuestra condena, pero ya veis... hay momentos que una no sabe lo que se hace. En fin, los resultados no han sido tan malos; olvidemos, pues. Hoy me encontráis, no tan fea como quizás os imaginabais, con la misma ó mayor perfección de formas, mejor educada que antes, elegante, con esa *capa de barniz* parisiense, con una elegancia... cuyo género, digamos la palabra, vos no conocíais; me halláis rica, muy rica, con mucho más de lo suficiente para vivir con desahogo; doy

reuniones, á donde no vienen más que hombres muy distinguidos, entre ellos vuestro suegro. Esas nuevas creo que merecían que os tomaseis la molestia de llegaros por la Avenida Neuilly.

—¡Evidentemente!—dijo Jorge levantándose,—y ahora que ya las conozco, permitidme que me retire.

—¡Oh! ¡No!

—¿Tenéis algo más que decirme?

—Si por cierto. De otro modo no hubiera hecho tanto gasto de tocado, porque he hecho gastos por vos, querido amigo, miradme bien.

Cora se levantó, fue hacia la chimenea, dispuso los candelabros de manera que la iluminasen la parte que podía verse, y colocándose delante de Jorge dijo:

—¿No es verdad que este peinador hace resaltar admirablemente la esbeltez de este talle que tanto os gustaba antes? Arrojad una mirada sobre estas chinelas de raso negro; ¿habéis visto nunca un pie tan pequeño en una envoltura más elegante? Autorizo á vuestra mirada para que sea indiscreta y se eleve un poco; ¿esta pantorrilla no os seduce? ¡Ah! os prevengo que la pierna ha hecho progresos, es maciza, firme, bien formada; sin exageración, es deliciosa. ¡Y las manos! ¡Oh! las cuidó ahora, desde que Franceschi las ha modelado... y el cuello es siempre joven, los cabellos bastante abundantes, bastante negros; ¿mi peluquero merece elogios? Mis ojos los encontráis tal como cuando me conocisteis; ¡tan lánguidos! Se muy bien que la parte inferior de mi rostro no es la misma, pero la oculto tan hábilmente con ayuda de esta puntilla, que vos no tendríais valor para reprocharme los pequeños cambios que me han sobrevenido.

Jorge la miraba asombrado, tratando de adivinar los motivos de aquellas inesperadas coqueterías.

—Ahora,—dijo Cora, después de haber estado todavía un instante como un modelo frente al pintor,—sentémonos y hablemos.

XIX

—Querido mío,—continuó Cora cuando se hubo cómodamente instalado,—por desgracia vuestra y la mía, jamás me habéis comprendido. Con una mujer como yo, no se porta uno como con las demás, y vos cometisteis grandes faltas en los primeros tiempos de nuestras relaciones. Sin embargo, la manera del cómo se formaron, debía haberos iluminado. ¿Qué es lo que de vos me había seducido? ¿Qué razones me lanzaron á escribiros rogándoos que vinieseis á verme en cuanto estuviese curado de vuestras heridas? Era la firmeza con la cual habíais tomado mi defensa cuando se me negaba la entrada en el teatro de Nueva-Orleans, y la intrepidez desplegada al día siguiente, en vuestro duelo con John de B... Esta conducta, si no me había conquistado el corazón, es posible que no le tenga, como me lo habéis reprochado algunas veces, al menos sobreexcitó mi imaginación. Os lo probé eligiéndoo por mi primer amante y entregándome á vos sin reserva. Vuestros principios para conmigo os engañaron; os creasteis una situación excepcional y era preciso conservarla quedando en el pedestal que me habíais levantado. Pero si en algunas ocasiones fuisteis bravo, llevando el valor hasta la temeridad y la violencia, en la vida ordinaria no os mostrasteis, al menos conmigo, bastante firme y resuelto. Nuestra primera querrela data desde un día en que me encontrasteis dando latigazos á una de mis mulatas, estaba en mi derecho, pero aquel espectáculo os desagradó. ¿Sabéis lo que hubierais debido hacer? Arrancarme el látigo de las manos y haber protestado, tratándome como yo trataba á mi esclava. Mi cólera hubiera sido terrible, estoy segura; vos la hubieseis evitado mar-

chándoos de mi casa, y al día siguiente habría sido yo quien os hubiera suplicado y pedido perdón. Me conozco muy bien; tengo sangre de esclavo en las venas. Lo que me consuela es que muchas de las mujeres blancas y parisienses tienen la misma sangre que yo, y no quieren más que á los hombres que saben la necesidad que hay de maltratarlas y brutalizarlas.

—¡Aun es preciso saberlo!— hizo observar Jorge.

—Entonces, —replicó Cora vivamente, — si ellos no lo saben, es que no se dirigen á mujeres que se me parecen. Nosotras somos la excepción. Por una mujer como yo, se encontrarán cien á quienes los cuidados, las atenciones, la dulzura, podrán comoverlas.

La joven se detuvo para recobrar aliento y luego dijo con más calma:

—En vez de obrar como acabo de indicar, me habéis hecho advertencias, razonamientos, habéis tratado de convencerme y os he rogado que me dejaseis tranquila, os habéis marchado, y en vez de esperar que yo fuese á vos, sois vos quien ha corrido hacia mí, suplicando, cuando era yo quien debía suplicar y humillarme. Vos trocasteis los papeles, amigo mío, no comprendisteis vuestros derechos y desde aquel día vuestra causa fue perdida. Yo me había impuesto un dueño, ese dueño renunciaba, abdicaba de su autoridad y obré de aquel modo y abusé, porque las mujeres somos extremadas en todo. Para ellas no hay más que un paso entre el mando y la tiranía.

Vedlo: todas vuestras desgracias datan de la época de que os hablo; jamás habéis podido adquirir vuestros perdidos derechos. Me entregasteis vuestro cetro y lo tenía con mano tan firme, que no podía escapármese. De vuestra cólera me reía; de vuestras sublevaciones me burlaba. ¿No me disteis desde un principio la medida exacta de vuestra debilidad, y no sabía yo, á pesar de mis errores y de mis faltas, que volveríais siempre respetuoso y sumiso? La existencia que os daba entonces, la llevaríais aún si yo hubiese querido, ó mejor dicho, si no hubiese abusado de mi poder y pasado los límites de la tira-

nía. Pero ocurre siempre de este modo. Cuando se está en el poder se espera reinar eternamente; no se nota la revolución que se agita á los pies y que pide, busca un pretexto para estallar. Este pretexto os lo proporcioné en el Havre; en el momento en que me creía más fuerte que nunca, vos os sublevasteis de pronto y caí á vuestros golpes. He ahí nuestra historia. He dicho vuestros errores y mis faltas.

—Y yo os he escuchado atentamente, — contestó Jorge, — pero busco todavía el objeto de esta doble biografía.

—Llegamos á él, — dijo Cora lentamente, — y lo que me queda que deciros es bastante delicado.

Jorge la miró con asombro; su antigua querida continuó, pero esta vez su voz era más emocionada, su gesto enérgico:

—Vos habéis creído, y yo también, largo tiempo, que el día en que cambié vuestra posición haciéndose más difícil, y que os atrevisteis á esperar salir absuelto, al acusaros de robo, hemos creído, repito, que un solo sentimiento me guiaba: el deseo de vengarme de vos. Nos hemos engañado uno y otro. Os odiaba, es cierto, era feliz con devolveros herida por herida, golpe por golpe. Pero me decía al mismo tiempo: me ha desfigurado porque no tenía más de un amante; yo le enviaré al presidio porque no tenía más de una querida. Es que castigándome como vos hicisteis, me castigabais de una manera terrible, habíais reconquistado toda vuestra autoridad; dejaba yo de ser dueña para convertirme de nuevo en esclava. No teníais el corazón débil y cobarde que yo martirizaba á mi gusto hacia dos años; erais á mis ojos un hombre, un hombre que se venga, un hombre que durante mucho tiempo habíase desdeñado de herir á los que le ofendiesen; pero que hería sin piedad al levantar el brazo.

Al pronunciar estas últimas palabras, Cora se había adelantado hacia Jorge y le miraba fijamente.

—Sí, — continuó, — te odiaba; en vez de enviarte

á presidio, hubiera deseado poderte enviar al cadalso; pero había vuelto á amarte, te amaba como al día siguiente de tu duelo, como al siguiente día de haberme entregado á tí por primera vez. ¡Qué digo! Te amaba mil veces más. Y cuanto más me miraba al espejo, y más fea y horrorosa me encontraba, más te amaba, porque sentía muy bien que no podías ya amarme y que todo había acabado entre los dos. He querido olvidarte, reemplazarte, y me entregué á ese tonto Víctor Mazilier, ya sabes, ese de quien estabas celoso. Había sabido prenderme; me dominaba por su tono caballeresco y por sus maneras tentadoras y sus aires de calavera. Pero te he visto en el presidio y Mazilier ya no ha existido para mí. ¿Te acuerdas de mi visita á Tolón? Yo me adelanté, me reconociste y la cabeza, que tenías baja, la erguiste como todo tu cuerpo; tus ojos se fijaron en mí, y te enorgalleciste con tu traje de infancia como un soberano con su manto real!... ¡Ah! ¡Después no he tenido más que un pensamiento, el de volverte á ver, encontrarte!

Como Cora avanzaba hacia Jorge y continuaba mirándole, éste dejó su sitio, marchó hacia la chimenea, tomó un cigarro y lo encendió en una de las bujías.

—Y bien,—dijo.—¡Ya me habéis encontrado! ¿Y ahora?

Volviéndose hacia Jorge exclamó:

—¡Cuánto te amo de este modo! ¡Cuánto me desdenas con esa actitud de un hombre que tiene conciencia de su valer moral y que desprecia á una criatura como yo! ¡Ah! ¡Te amo! ¡Ya lo ves! ¡Te amo!

—¡Es posible; pero yo no os amo!

—Y tu amas á otra. Ya la conozco... la he visto... es encantadora... estoy horriblemente celosa... de modo...

—¿Qué?—preguntó espantado.

—Que la abandonarás por mí ó bien...

—¿O bien, qué?

—Sufrirá cruelmente.

—¡Miserable!—exclamó Jorge Hamel avalanzándose hacia Cora.

—Guárdate,—dijo,—la violencia no te produciría nada.

XX

A pesar de la calma que había mostrado desde el principio de esta escena, y de que parecía haberse impuesto, Jorge no fue dueño de sí cuando Cora se atrevió á hablar de la señora Gérard. Pero había adquirido, en los diez años transcurridos, demasiado imperio sobre sí mismo para que su cólera pudiera pasar de ciertos límites. En un momento se apaciguó, volvióle toda su sangre fría, y se sentó frente á su antigua querida, mirándola con insistencia y sin levantar mucho la voz le dijo:

—De modo que acabáis de desenmascararos. Habéis renunciado á las palabras dulces, á las protestas pacíficas con que me habéis acogido. *No acudiré á las amenazas*, habéis dicho, *vos me comprendéis á media palabra*. Yo no he querido comprender; prefiero las amenazas que los subterfugios. Estas valen infinitamente más; prefiero que nos expliquemos francamente, sin reticencias, sin hipocresía, ¿no os parece?

—Hablad.

—Sabéis quien soy, conocéis mi pasado. Con una palabra podéis hacerme un mal terrible, destruir mi felicidad, romper mi vida. ¡Podéis enviarme á la prisión! ¡Disponéis de tres existencias; de la mía, de la de mi mujer y de la de mi madre! Ya veis que os enseño el juego, reconozco vuestras ventajas. ¿En qué precio las estimáis? Para que no las uséis, para que las abandonéis, ¿cuánto os es preciso? Mi madre tiene veinte mil francos de renta, son vuestros. Trabajaremos para vivir. Este es

nuestro asunto. Mi mujer tiene un dote de cuatrocientos mil francos, no pensaba tocarlos; pero el caso es muy grave, tomadlos, os los doy. Esto hace próximamente unos cuarenta mil francos de renta, ¿no es eso? Yo me comprometo á entregároslos todos los años con tal de que calléis, y vos ya sabéis que se puede contar con mi palabra. ¿Qué os es preciso todavía?

—Querido mío,—dijo Cora,—desvariáis; ya os he dicho que soy más rica que vos, que vuestra mujer y que vuestra madre reunidos. Nada tengo que hacer de vuestro dinero, y me insultáis gratuitamente cuando me lo ofrecéis.

—¿Qué queréis, entonces? Precisad.

—He precisado ya, á vos os toca comprender.

—¿Me habéis solamente hablado de vuestro amor! No lo creo. Sólo os concedo que vuestra imaginación está ahora sobrecitada de una manera peligrosa. La vida que he empezado y que me ha creado una posición excepcional, los misterios, mi título de licenciado de presidio, es quizás un título nobiliario para vos, y esa misma infame *librea*, bajo la cual me habéis visto en el presidio y que me da á vuestros ojos una especie de originalidad, todas esas tristes circunstancias, todas esas cosas reunidas, han podido hacer impresión sobre vuestro enfermo espíritu, llevar el desorden á vuestro trastornado cerebro. ¡Pero vos no me amáis! ¡Os digo que no me amáis!

—¡Yo repito que te amo!—exclamó Cora.—¡Lo sé mejor que tú, me parece! Sí, tienes razón; ese traje, bajo el cual te he visto y te veo sin cesar, ese título, como tú has dicho, de presidiario licenciado, ha marcado en tu persona un sello particular y exaltado mi imaginación. Pero no se trata solamente de mi cabeza; todo mi ser te pertenece, enténdelo bien, todo mi ser, comprendido mi corazón. ¡Ah! ¡no acabo de decir que no le tenía! Y no se parece quizás al de las otras mujeres; está más gangrenado, pero tengo uno, puesto que lo siento latir y me hace sufrir... Sí, no lo tomes con indiferencia; sufre, te digo que sufre tus desdenes y me

nosprecios, que apruebo, sin embargo, y que me hacen amarte más. Y sufre, sobre todo, al recuerdo de tu mujer, que es encantadora, cuando yo soy tan fea, que es adorable y que tú la adoras. ¡Ah! ¡Si hubieses vivido modesto y resignado al lado de tu madre en un rincón de París, no hubiera yo quizás pensado en turbar tu soledad. No te hubiera escrito que vinieses; no estarías ahora aquí. Habría tratado de olvidarte, como hice otras veces, y en la sociedad de un Víctor Mazillier, cualquiera hubiese calorado mis ridículos transportes. Pero te encuentro en pleno París, en pleno movimiento parisiense, rico, brillante, feliz; eres el esposo de una mujer deliciosa, que te respeta, que te ama... Esto es una injusticia; no podría tolerarlo. Es á mí á quien amarias aún, si no me hubieses desfigurado. No quiero que se aproveche de mi fealdad, que se beneficie del disparo que me hiciste y que tú puedas decirlo: ¡Te adoro! y á mí: ¡Me das horror! Tú no me amas, ¡sea! pero no quiero que seas feliz por ella; no quiero que la hagas dichosa.

—¡Y pretendes amarme!—exclamó Jorge.—¡Vamos, quitate la máscara por completo! Confiesa que prosigues tu venganza. Antes me acusaste de robo, me enviaste á presidio, esto no te basta; ahora quieres herirme en lo que más querido tengo en el mundo. ¡Ah! ¡siempre serás la misma mujer! Pero yo no me bajaré hasta reprochar tu infamia! ¡Esto no lo comprenderías! Habla; ¿qué exiges? ¿qué quieres? ¡Estoy todavía aquí, pardiez! ya has comprendido que contigo es preciso capitular... Veamos, dicta órdenes.

—Helas aquí,—dijo Cora,—dedicarás el tiempo á tu mujer y á mí; cuando no estés á su lado, estarás aquí, al mío, en este hotel. Continuarás amándola, no puedo prohibírtelo, pero me dejarás á mi vez que te vea y repita que te amo. Nota mi generosidad; podría exigir que me pertenecieras por completo.

—Generosidad, dices; llámale refinamiento en la corrupción y la crueldad.

—Es posible. ¿Aceptas? Yo me encargo de explicar tu presencia en mi casa: tu suegro mismo te presentará. Se convertirá en tu cómplice, tengo mi plan.

—Mi suegro es un hombre honrado.

—Es un jugador y tiene ternezas excesivas para con los jugadores.

—¡Ah! tu quieres...

—Quiero que pases las veladas sentado frente á mí, en mi salón.

—¿Y después?

—Después veremos; tranquilízate; tú lo has dicho, soy muy refinada y con esta cualidad salvo tus situaciones sin romperlas nunca.

—Bien pronto pasaré por tu amante.

—Cuento con ello. Qué gloria para mí, cuando se diga: ¿Conocéis á esa deliciosa señora Gérard, la hija del señor de Brives? Su marido la abandona por Cora.

—¿Y si esas voces llegan á oídos de mi mujer?

—Pues, querido, arregláos de modo que no lo sepa; preguntad á los demás maridos cómo lo hacen.

—¿Cuánto tiempo estaré sometido á esta prueba?

—¡Tanto cuanto yo te ame! El día que ya no te ame, te devolveré la libertad, no me ocuparé ya de ti, y jamás haré traición á tu secreto, te lo juro.

—Vamos,—dijo Jorge Hamel,—es un nuevo género de canto: el del amor.

—La palabra es bonita,—dijo la joven sonriendo,—y la retendré en la memoria.

Jorge se levantó de pronto, se adelantó hacia ella y le dijo:

—Y si me niego á prestarme á la infamia que me propones, ¿qué harás?

—Te denunciaré,—contestó Cora sin vacilar y mirándole de frente.—Mis medidas están tomadas,—continuó Cora.—Preveía tu resistencia y al mismo tiempo que te escribía para que vinieras á casa, escribía al Procurador imperial.

La joven abrió un pequeño escritorio, de madera de rosa, que se hallaba en el *boudoir*, y tomó una carta cuyo sobre estaba aún sin cerrar, y presentándola abierta á Jorge, le dijo:

—Lee.

Jorge leyó:

Señor Procurador Imperial:

El llamado Jorge Hamel, condenado hace diez años á cinco de trabajos forzados, por la Audiencia del Seine-Inférieure, después de haber cumplido su tiempo en el presidio de Tolón, se ha sustraído á la vigilancia y habita en París, calle Léonie, bajo el nombre de Jorge Gérard. Ya víctima de las maniobras de éste, perseguido por la Justicia, tengo motivos para temer en este momento que ejerza contra mí nuevas violencias, y me veo obligada á llamar vuestra atención.

—Estáis en regla,—dijo Jorge sin perder nada de su calma y devolviéndole la carta.

—¿Verdad que sí?—dijo Cora.—Después que os marchéis, cerraré esta carta, le pondré la dirección y la enviaré á sitio seguro. No saldrá hasta que vos deis la orden. Pero vos tenéis demasiado espíritu, mi querido Jorge, para hacerlo.

Al mismo tiempo ella avanzó hacia nuestro héroe, le pasó uno de sus desnudos brazos por el cuello, y le dijo con voz más dulce:

—¿Qué os pido después de todo? Permiso para amaros y la que os implora, es la á quien antiguamente habéis adorado, adorado hasta quererla matar.

Y como la rechazase, se irguió y dijo con el tono de una dueña de casa que despidió á uno de sus visitantes:

—Hasta la vista mi querido señor; hasta dentro de algunos días, ¿no es eso?... Una semana lo más... no os concedo mayor plazo.

Después tocó un timbre para prevenir que se sabía de su cámara.

XXI

Se había hecho de noche. Jorge despidió el carruaje que le había conducido hasta casa de Cora, y descendió á pie la Avenida de los Campos Eliseos. Su cabeza ardía y su pecho estaba oprimido; tenía necesidad de aire y movimiento; le era preciso mucha calma para reflexionar la situación en que se hallaba colocado, el nuevo abismo que de pronto acababa de abrirse á sus pies. Ante Cora había disimulado; no quiso que ella pudiese adivinar sus temores, y gozar del mal que le causaba. A sus amenazas había opuesto una inalterable sangre fría. Se hubiese creído al verlo, al sentirlo, que era invulnerable á los golpes que le alcanzaban. Pero ahora ésta no le veía, no podía ya leer sus angustias en su rostro; estaba sólo, nadie le observaba; le era permitido temblar, sufrir y temer. ¡Le había encontrado cuando creía estar tan oculto! ¡Estaba aún bajo el arbitrio de aquella criatura, que disponía de su suerte y de su vida, y de la suerte y la vida de las dos personas que más amaba en el mundo; su mujer y su madre! ¡Con una palabra podía matarlas! ¡Sí, matarlas! ¿Una ya quebrantada por el dolor, podría resistir aquel nuevo golpe? ¿La otra, delicada de salud, alcanzada de aquel modo por una emoción funesta, soportaría aquellas crueles emociones que la amenazaban? No, ninguna ilusión podía hacerse sobre este particular. La existencia de mi madre y la de mi mujer,—se decía,—están á merced de esa mala criatura, dependen por completo de las órdenes de Cora. En cuanto á su propia existencia, no tenía necesidad de preocuparse de ella, pues no la tenía en cuenta; estaba ligada en un todo á la de Marcela. Marcela muerta, él moriría; esto era evidente. Ella y él no formaban más

que una sola persona; eran dos cuerpos con una misma alma, y no podían morir más que á la vez, caer por el mismo golpe. Por este camino no tardaron en apoderarse de él las ideas del suicidio: *¡Si me matase, se decía, Marcela moría en seguida y jamás conocería mi pasado!*

¡Pero tenía el derecho de disponer de aquel modo de la vida de aquella joven, de convertirse en su verdugo? ¡Que ella sucumbiese bajo los miserables golpes de Cora!... ¡sea! pero no debía ser herida por él. ¿Qué hacer, sin embargo? Era preciso pensar algo antes de volver á la calle de Léonie. Cuando se ha tomado un partido, por terrible que sea, se puede engañar á los que tratan de leer en vuestros ojos. Pero cuando no se sabe qué hacer, que no se conoce aún el partido que adoptar, no tarda uno mismo en hacerse traición. Se ocultan los sufrimientos pero no las preocupaciones. No tenía más que una hora para tomar una resolución irrevocable.

Después de haber desechado sus primeras ideas de suicidio, se preguntó si debía volver á su casa y decir á Marcela que su felicidad estaba amenazada, proponerla partir y marchar en seguida. Irían á refugiarse al extranjero, no tendrían ninguna relación con Francia. ¿Pero qué pensaría Marcela de esta partida precipitada? ¿Qué diría el señor de Brives? ¿No se quedaría, además, este señor en París, y Cora por despecho de ver á sus víctimas escapársele no le enteraría del pasado de Jorge? Por otra parte, aquella mujer era muy precavida; y del mismo modo que lo tenía todo dispuesto para avisar al Procurador imperial, podía tenerlo para hacer irrealizable todo proyecto de huida.

—Si fuese á casa del señor X..., —se dijo de pronto,— y le dijera: ¡Vos habéis creído siempre en mi inocencia, habéis deplorado mi condena, me estimáis, me queréis! ¡Ayudadme; sois desinteresado en el asunto, tenéis un nombre conocido y venerado; se os creerá, es imposible que no se os crea. ¡Iremos á buscar á mi mujer! ¡Sí, mi mujer! ¡Y delante de vos le confesaré todo! todo absolutamente, tendré valor para ello. Ella verá mi falta, mi

crimen, el castigo que me han impuesto, pero vos estaréis allí para decirle. Ese castigo fue demasiado severo, inmerecido. Jamás hubiera sido castigado de ese modo sin la infame calumnia de esa miserable. Vos le explicaréis todo lo que ha pasado; ella comprenderá, gracias á vos, que mi honor no ha sido manchado, que...

El joven se detuvo y después prosiguió en la misma idea, pero bajo otra forma:

—Sí, — se decía, — pero ella me reprochará el no haberle confesado la verdad antes. Cuando en Baden le leí el proceso de aquel desgraciado, cuya posición era análoga á la mía, dijo mi esposa: *No le reprocho su crimen, lo que le echo en cara es su falta de franqueza. Se debe la verdad completa á aquella que ha de llevar vuestro nombre, á la que os confía su destino.* ¡Ah! ¡recuerdo que esas palabras me hicieron mucho daño! Admitiendo que me perdone mi crimen hácia la sociedad y mi crimen hácia ella; admitiendo que quiera olvidar el castigo que me han impuesto, ¿podrá hacerlo?... ¿Su imaginación no la transportará sin cesar, á la época en que estaba en el presidio? ¿No me verá siempre con la cadena al pie y bajo el traje de la infamia? ¿Este espectáculo que seduce á Cora, que la atrae hacia mí, no producirá en Marcela un efecto contrario? ¿Al saberlo no se alejará de mí? ¿No cesará de amarme? Una mujer honrada como Marcela no puede experimentar las mismas sensaciones que una mujer como Cora; las mismas causas deben producir sobre cada una, efectos distintos.

Supongamos que me he engañado; que me perdona, que olvida y que vence sus menores repugnancias; pero el artículo 47, al cual me he sustraído, mi arresto, la prisión, todavía la prisión. ¡No, es imposible... es imposible!... ¡Yo no puedo confesar, no puedo! Entonces, si no me mato, si no emprendo la huida, si no confieso... ¿qué haré? ¿Voy á obedecer sus órdenes?... ¡Pasar la mitad de mi vida en casa de esa criatura, á quien aborrezco, dejarla decir que la prefiero á mi esposa, que le sacrifico mi mujer, que engaño á Marcela por ella!

Estar obligado á sentarme á su lado y oírle ha-

blarme de su amor, cuando Marcela se inquietará de mi ausencia, cuando estará celosa quizás, cuando sufrirá! ¡Esto es horroroso! ¡No hay suplicio comparable á esto! ¡Adorar á una mujer y vivir cerca de otra á quien se aborrece; salir del brazo de la primera, para luego reunirse á la segunda! ¡Ser perjuro á la fe jurada, sin pasión, sin cariño, sin deseo!

De pronto se detuvo; una idea bizarra acababa de atravesar por su espíritu:

—Si es verdad que ella me ama, — se dijo, — si su imaginación ha sido herida como afirma, si verdaderamente le he inspirado una de esas pasiones que conducen á todos los excesos... Su cerebro estará ya enfermo; no se goza de todas las facultades cuando se lleva tan lejos la corrupción y la perversidad... Los desórdenes morales pueden arrastrar á los mayores desórdenes físicos. ¡Ah! ¡Yo me desembarazaré de ella! ¡Ah! ¡Yo me habré vengado! ¿No tengo derecho de vengarme, si entreveo sobre todo al cabo de mi venganza, mi salvación, la de mi madre y mi mujer?

.....
Eran las nueve de la noche cuando entró en la calle Léonie.

La señora Gérard á pesar de sus vivas alarmas, habia encontrado mil razones para explicar el retraso de su hijo, y bien pronto Jorge, que por un increíble esfuerzo de voluntad parecia muy tranquilo con el buen humor de costumbre, vino á disipar las últimas inquietudes de Marcela.

XXII

Cora habia dado ocho dias de término á Jorge para hacerse presentar en su casa. Este no trató de adelantar ni uno sólo la época que se le habia fijado como límite. En la noche del día octavo hizo su en-

trada en el hotel de la Avenida de Neuilly, bajo los auspicios del señor de Mézin.

En un principio se había dirigido para aquella presentación al señor de Brives, quien no pudo ocultarle su asombro.

—¡Cómo! ¡Vos á casa de Cora! ¿Para qué? ¿Es que sois jugador?

—No he tocado en mi vida una carta.

—En casa de Cora no se hace más que jugar; no se conocen otras distracciones.

—Precisamente.

—¿Queréis aprender á jugar?

—Tranquilizáos, es con un objeto útil.

—¿Util? ¿Estudiaréis á los jugadores... y haréis un libro sobre nosotros?

—No me preguntéis ese secreto.

—Lo he adivinado, ese es. ¡Ah, querido mío, cuántas cosas podréis decir! Yo os proporcionaré muchos documentos si los deseáis.

—¿Entre tanto, me presentaréis?

—Esa es la parte delicada, querido amigo. Pensad en qué dirían, al ver á mi yerno en casa de Cora, presentado precisamente por mí. Si os sucedía alguna desgracia, si perdíais...

—Tranquilizáos; soy dueño de mí.

—No sabéis nada puesto que no habéis jugado nunca. Si se tratare de presentaros en un círculo... pero en casa de una mujer...

—¡Oh! ¡Una mujer!

—Todavía muy encantadora, os lo aseguro. Preguntadlo al señor de Mézin que anda loco por ella.

—¿Tenéis miedo por mí?

—¡No, pardiez! Tengo miedo de las reflexiones que se puedan hacer... de... ¡Ah! Vaya, decididamente me niego. No he sido cuerdo en mi vida por mi propia cuenta, pero lo seré por la vuestra; veo que es más fácil. Yo no os presento; pero si es para un objeto serio, si verdaderamente tenéis necesidad de estudiar el salón de Cora... podéis...

—¿El qué?

—Dirigiros á Mézin la primera vez que le veáis en mi casa.

El señor de Mézin, lejos de poner dificultades como su amigo, se apresuró á ponerse á la disposición de Jorge Hamel. Desdeñado por la señorita Marcela de Brives, cuando le había pedido su mano, bajo el pretexto de que era jugador, se regocijaba ante la idea de que Jorge Gérard podía convertirse en tan ó más jugador que él. Demasiado escrupuloso para causar un perjuicio á su rival, se había apresurado á decirle lisa y llanamente lo que era la casa de Cora, y aun á aconsejarle que no fuese, pero ya sabemos que Jorge no podía atender á aquella clase de consejos.

Cora recibió muy graciosamente á Jorge, sin que nada demostrase en ella que ya lo conocía. No trató en seguida de hablarle en particular y no pareció establecer diferencia alguna entre su nuevo huésped y los antiguos. En el transcurso de la noche, como todos los invitados tomaran sitio alrededor de la mesa de juego, ella le propuso que tomase asiento á su vez. Jorge aceptó, tanto por sustraerse á una penosa conversación mano á mano, cuanto para explicar su presencia en la casa.

Cora se sentó frente á él sobre un canapé junto á la mesa de juego; desde su sitio podía observar á su gusto y no perder ninguno de sus movimientos. Estas largas veladas, estas noches enteras que tan á menudo había pasado en el aislamiento, puesto que no jugaba y todo el mundo lo hacía á su alrededor, iban, pues, ahora á ofrecerle algún interés. Su mirada no se limitaría al mismo horizonte; no se detendría sobre rostros fatigados, y provistos de una uniformidad desesperante, de bigotes pretenciosos, calvas elegantes; descansaría, en fin, sobre un rostro verdaderamente enérgico, que iba á complacerse en estudiar, y cuyos menores estremecimientos analizaría, que llevaba ya el imborrable sello de los sufrimientos causados por ella misma.

Jorge no pareció apercibirse de la atención de que era objeto. Tuvo cuidado durante toda la noche de no levantar los ojos hacia Cora. Sentado cerca del señor de Mézin, que se había puesto á su disposición para enseñarle las primeras nociones del *baccarat*,

no tardó en comprender la marcha del juego, y en jugar como los demás, es decir, mejor que los demás, puesto que ganaba. Demostrábase una vez más que la fortuna en el juego protege á los primizos.

El señor de Mézin gozaba del éxito de su discípulo.

—Estas primeras ganancias,—se decía,—van á inspirarle el deseo de seguir jugando. Bien pronto será tan jugador como nosotros. Pero no tendrá mi experiencia, el juego le será más fatal que á mí, y la señorita de Brives me echará de menos algún día.

Se engañaba; el jugador nace y no se hace. Del mismo modo que la pasión del juego es en la mayor parte de las veces incurable, de igual manera hay hombres que no comprenden el placer que se puede experimentar estando una noche entera dando vueltas á unos cuantos pedazos de cartulina pintarrajeada. No experimentan en ello ninguna emoción y no conciben que se experimente. Además, esa pasión que se dice tan extendida, es menos común de lo que se cree. Muchas personas juegan, sencillamente porque necesitan el dinero que esperan ganar; dadles la suma que les es necesaria y no jugarán. Ofreced, por el contrario, á un verdadero jugador cien mil francos para que no vuelva á tocar una carta y se negará á aceptarlos.

Así que impunemente Jorge estuvo ganando toda la noche; no hubiera querido otra cosa mejor que limitarse á esta primera y única victoria y no volver jamás á casa de Cora; pero ésta no lo entendía de ese modo. Cuando se despidió de ella, á cosa de las dos de la mañana, al mismo tiempo que de varios de sus huéspedes, le dijo:

—¡Hasta mañana!

Pero en un tono que no daba lugar á esperanza alguna para el porvenir.

Durante los quince días que siguieron al de la presentación, ningún accidente sobrevino. Jorge, entre once y doce de la noche, llegaba regularmente al hotel de la avenida de Neuilly, unas veces solo, otras acompañado del señor de Mézin. Después de haber saludado á la dueña de la casa, de haberse

mezclado un momento en la conversación de las personas que le rodeaban, iba á sentarse á la mesa de juego, y Cora, algunos instantes después, se instalaba frente á él para no dejar ninguna noche *su puesto de observación*. Jugó todas las noches con la misma suerte y sin más emoción que el primer día. El profundo disgusto que le inspiraba la misión que se veía obligado á llenar, su completa indiferencia por la pérdida ó la ganancia, le daban una sangre fría, una calma inalterables que bastaban para explicar su suerte. El oro y billetes de banco se amontonaban delante de él con gran asombro del señor de Mézin, que, interesado en la cuestión, empezaba á arrepentirse de haberlo presentado con tanta insistencia en la casa.

Las pérdidas que este último sufría todas las noches, no era bastante á compensarlas el placer que experimentaba al ver á Jorge separarse de sus deberes de buen esposo. Empezaba también al mismo tiempo á inquietarse de la persistencia con que Cora parecía mirar á su vecino. Se había creído en un principio objeto de aquella muda contemplación y se regocijaba interiormente; pero bien pronto tuvo que reconocer, bien á pesar suyo, su error. Se preguntaba algunas veces si Jorge Gérard, después de haberle arrebatado la joven con quien quería casarse, le quitaría también la mujer de quien trataba hacer su querida. Bien pronto no le cupo duda sobre este asunto. Una noche, ó mejor dicho, una mañana, en el momento en que los contertulios de Cora se despedían de ella, después de una excelente cena, la joven dijo á Jorge Gérard que la saludaba:

—Hacedme el obsequio de quedaros algunos instantes conmigo, mi querido señor, desearía hablaros.

Jorge, sin pronunciar una palabra, se inclinó y dejó partir á los huéspedes de Cora.

Furioso el señor de Mézin, tomó el brazo del señor de Brives, diciéndole:

—¿Qué quiere decir esto? ¿Vuestro yerno se queda aquí ahora, cuando nosotros nos alejamos, y vos no decís nada?

—¿Qué puedo decirle en este momento?— replicó el señor de Brives.—Mañana tendré una conversación seria con él.

—Pero al menos iréis á prevenir á vuestra hija.

—Nada de eso, todo lo contrario; procuraré ocultarle la conducta de su marido. Así lo he hecho hasta hoy y espero continuar.

Mientras discurrían de este modo, Cora, después de haber oído cerrar la puerta del hotel, se volvió á Jorge y le dijo:

—Seguidme.

XXIII

Al llegar al primer piso, la joven abrió una puerta é hizo pasar á Jorge al *boudoir* en que lo recibió quince días antes. Los candelabros de la chimenea estaban encendidos; una pequeña luz cubierta con un cristal de roca iluminaba el techo; el fuego ardía en el hogar entibiando el aire de la habitación, en la cual se respiraban deliciosos perfumes, que provenían de magníficos peveteros y jarrones del Japón. Esta habitación, en que la dueña entraba rara vez, y que estaba siempre cerrada de noche, había sido evidentemente preparada una ó dos horas antes para recibir á Jorge. Sin duda que á mitad de la cena le había ocurrido á Cora tener una conversación particular con su huésped preferido, y había dado las órdenes en consecuencia.

No había tenido tiempo de modificar su tocado y usaba el de todas las noches. Pero apenas hubo entrado en el *boudoir*, y bajo pretexto de que hacía demasiado calor, retiró el cuello de puntilla negra que la había cubierto las espaldas durante la noche y se encontró completamente descotada. La llama del hogar y la de las bujías iluminaron de pronto el pecho más admirable en que jamás se pudo soñar

Jorge no pareció fijarse en los preparativos que se habían hecho para recibirle y en los preliminares de coquetería á que se entregaba Cora. Dando la espalda á la chimenea, de pie, esperaba que se le dirigiera la palabra.

—¡Y bien!—dijo al cabo de un instante Cora, que se había sentado,—¿supongo que no tendréis de qué quejaros de mí?

—¿Es que me quejo?—preguntó el joven.

—Pasáis noches encantadoras,—continuó,—con hombres de reconocida distinción, ganáis mucho dinero...

—Mucho, demasiado,—exclamó Jorge interrumpiéndola.—Me habéis condenado á jugar, pero no á guardar sumas verdaderamente ridículas que la casualidad me entrega; todas las he puesto aparte; en quince días han ascendido á ochenta mil francos. Helos aquí.

Y sacó del bolsillo varios fajos de billetes de banco y los puso encima de la chimenea.

—Ese dinero os pertenece,—dijo Cora,—yo no lo quiero.

—Y yo no quiero guardarlo. Me abrasa los dedos. Haced lo que queráis, yo no lo vuelvo á tomar.

—Estáis en un error. Mañana podéis perder y no es justo que comprometáis vuestra fortuna.

—¡Oh, para la vida que llevo!—dijo Jorge Gérard tristemente,—soy demasiado rico aún.

—Verdad; ¿no os conviene?—preguntó Cora.

Jorge la miró en silencio.

—Las personas que vienen aquí todas las noches, tienen un verdadero placer en reunirse en mi casa.

—Yo no participo de sus gustos.

—Y yo conozco,—continuó Cora sin interrupción,—al menos tres ó cuatro de esos señores, que serían muy felices con ocupar en este momento vuestro sitio. En verdad, querido mío, que sois un ingrato con la fortuna; jamás os ha favorecido tanto.

—¡Ah! no quiero tanta protección.—exclamó Jorge dejando su sitio y paseándose por el *boudoir*.—Obedezco vuestras órdenes, pago vuestro silencio al precio que me habéis fijado; pero me imagino

que no tendréis la pretensión de persuadirme que soy demasiado feliz al obedeceros... ¡Oh! sí, — continuó el señor Hamel con voz profundamente triste, sin dirigirse á Cora y como si hablara á sí mismo, — ¡muy feliz en verdad en pasar mis veladas y mis noches en esta casa, volviendo y revolviendo las cartas en compañía de gentes que me son desconocidas, mientras que allí, en mi casa, se inquietan por mi ausencia, por el cambio que bruscamente se ha operado en mis costumbres, se sufre y se llora! En este momento me esperan, quizás no se han acostado; una no sabe donde estoy, quisiera saberlo y lo pregunta; la otra no contesta, ó bien obligada á mentir, inventa no sé que fábula para explicar mi larga ausencia; sonríe cuando tiene la muerte en el alma, ¡ella!... ¡Ah! ¡calláos, calláos, no evoquéis estos recuerdos! Estoy aquí, no me obliguéis á estar allí también cerca de ella. Vuestro *boudoir* está de fiesta; el fuego brilla en la chimenea, las luces resplandecen, las flores esparcen sus penetrantes perfumes. Y vos os entronzáis como una soberana en medio de todo este lujo. ¡Ah! no obliguéis á mi pensamiento á ir hacia la cámara oscura, donde mi pobre madre, arrodillada y llorando, ruega por su hijo aún separado de ella, condenado á nuevas penas todavía.

Desde el día en que el joven volvió á ver á Cora, era la primera vez que se dejaba llevar por su emoción y que en su voz se adivinaban los sollozos. Hacía un instante que había suspendido su paseo por medio del *boudoir*, parándose apoyado contra una consola y descansando su cabeza en la mano; su mirada parecía buscar alguna imagen lejana.

Durante un momento, Cora le contempló silenciosamente. Luego, de un salto se puso á su lado y aproximando su rostro al de Jorge:

— ¡Te amo! — exclamó con voz ardiente, apasionada.

En seguida Jorge Gérard recobró su perdida calma, sonrió de un modo extraño y dijo:

— ¡Me amáis, bien! ¿Y qué más?

— ¿Quieres amarme? — preguntó Cora.

— Ya sabéis que es imposible, — contestó Jorge.

— ¿Quieres volver á ser mi amante?

— ¿Lo ordenáis?

— Te lo ruego.

— ¡Oh, nada de súplicas, — exclamó Jorge con voz seca y breve, — órdenes, nada más que órdenes, estoy bajo vuestro dominio; á un *servidor*, á un *esclavo*, no se le suplica, se le dicta su voluntad.

— Pues bien, — repuso Cora tratando de aproximarse al joven, — quiero que vuelvas á ser mi amante.

— ¡Sea! — contestó Jorge, — os pertenezco. Soy vuestro; soy *una cosa* vuestra, disponed de mi.

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando Cora le echó los brazos al cuello y selló los labios de Jorge con los suyos. El joven no hizo movimiento alguno para sustraerse á aquellas ardientes caricias; pero no devolvió ninguna. Sus brazos quedaron colgando á lo largo de su cuerpo; sus ojos, en vez de buscar los de Cora, se fijaron en un punto del *boudoir*, sin abandonarlo. Sus labios, pálidos y secos, cerrados uno contra otro, no se entreabrieron ni un solo instante. Estaba en cierto modo inanimado, frío como el mármol, insensible como una estatua. Aquella frialdad, aquella insensibilidad, en vez de helar á Cora, la exaltaron más y más. Aquella resistencia á sus deseos la exasperaba; quería triunfar de aquella inercia, animar aquella estatua y no podía conseguirlo.

— ¡Mírame!, — exclamó; — mírame, soy bella todavía. Mis ojos no han tenido nunca más expresión, más ardor. Qué, estas espaldas, este pecho, que todos admiran, ¿te dejan á tí insensible? Estos cabellos que besabas otras veces con transportes, son más negros, más largos que antes. ¿Lo dudas? Toma, los quiero estender delante de tí.

Y al decir esto quitó las horquillas que sujetaban y sostenían su peinado, destrenzó sus cabellos y los dejó flotar por su cuello y desnudas espaldas. Y como él continuase mirándola sin demostrar la menor señal de emoción, llamó la joven en su ayuda los recuerdos del pasado, para despertar aquella dormida imaginación.